

Diego Catalán, *Arte poética del romancero oral. Parte 1ª. Los textos abiertos de la creación colectiva*, Madrid, Siglo XXI-Fundación Menéndez Pidal, 1997; *Parte 2ª. Memoria, invención, artificio*, Madrid, Siglo XXI-Fundación Menéndez Pidal, 1998.

Nadie mejor que Diego Catalán (colector y crítico del romancero desde 1946, formador de colectores, director del Instituto Interfacultativo «Seminario Menéndez Pidal»—entre otros méritos—) para editar estos dos monumentales manuales que recogen numerosos artículos sobre el romancero. Artículos que, explica el autor en la «Advertencia» de la primera parte: «Pertencen a muy distintos momentos de mi vida profesional, por lo que su metalenguaje crítico varía considerablemente, aunque respondan a una concepción unitaria de la poesía analizada. Por ello los publico atendiendo a su cronología.»

El primer volumen consta de un prólogo del autor, además de la «Advertencia», y de trece capítulos. En el prólogo, Diego Catalán hace un repaso histórico de la presencia del romancero en la literatura universal (gracias a su comercialización y popularización en el siglo XVI) y analiza la inestabilidad de sus límites desde ayer a hoy (debido, entre otros factores, a la confluencia entre los romances considerados «viejos», y los juglarescos, los trovadorescos y los eruditos, además de los pastiches románticos que reemplazaron a las transcripciones de campo, a las correcciones cultistas y a la consideración del romancero como «literatura del pasado medieval»). Los esfuerzos de Wolf y Hofmann, Menéndez Pidal, Foulché Delbosc o Di Stefano para aclarar mejor sus límites se han visto muy diluidos en la actualidad ya que, en esta etapa post-pidaliana, la nueva revalorización del género se ha visto

acompañada de nuevas vacilaciones en su identificación y clasificación, puesto que se ha convertido en objeto de estudio de folkloristas, etnógrafos, sociólogos y antropólogos.

Ante esta situación, el autor cree necesario proponer una serie de criterios para acotar y aclarar los límites genéricos del romancero basados en la tradicionalidad, la modalidad del relato y la funcionalidad.

El primer capítulo, «El motivo y la variación expresiva en la transmisión tradicional del romancero (1959)», lo dedica Catalán a comentar un artículo de Daniel Devoto en que éste criticaba el método geográfico iniciado por Menéndez Pidal (y continuado por el autor junto a Á. Galmés). En opinión del autor, Devoto no admite que cada versión pueda tener su historia en el tiempo y en el espacio, ni entiende la independencia de motivos y variaciones (punto clave en la propagación del romance), además de que otorga excesiva importancia al papel del individuo en la producción de los romances, sin reparar en que cada individuo lo recibe a su vez de la tradición.

En el segundo capítulo, «Memoria e invención en el romancero de tradición oral. Reseña crítica de publicaciones de los años 60 (1970-1971)», valora el autor los avances en los estudios sobre la historia de la transmisión impresa de los romances en el siglo XVI y XVII (en los que profundizó Rodríguez Moñino), sobre el romancero sefardí (estudiado por S. G. Armistead, J. H. Silverman e I. J. Katz) y sobre la creación poética tradicional (con las aportaciones de Menéndez Pidal y, más recientemente, de B. Do Nascimento, G. Di Stefano y P. Bénichou).

En el tercer capítulo, «El romance tradicional, un sistema abierto (1971)», Diego Catalán postula la necesidad de aplicar varias metodologías para lograr una correcta caracterización del romancero: «Una de ellas consiste en destacar, a través de casos ejemplares máximamente ilustrativos, ciertas peculiaridades de los poemas de tradición oral. (...) Otra, aún poco trillada, estriba en examinar una muestra representativa del romancero y observar en ella, objetivamente (acudiendo si es preciso a la estadística), las tendencias mayoritarias.»

Es preciso, además, acompañar las nuevas metodologías de un estudio sincrónico (de la estructura temática, de la estructura verbal, de la estructura poética y de la variación lingüística), y de un estudio diacrónico (la variación, la continuidad de la estructura poética, narrativa y verbal) puesto que «su evolución depende de la adaptación de este sistema abierto (...) al ambiente, al sistema lingüístico, estético y ético del grupo humano en que se canta.»

En el capítulo cuarto, «Poética y mecanismo reproductivo de un romance. Análisis electrónico (1971-1973)», señala Catalán la pertinencia del estudio del género romancero como contribución necesaria para definir una poética de la poesía tradicional. A continuación, presenta uno de los nuevos –por aquel entonces– métodos de análisis del romancero: el electrónico. Para ilustrarlo, adjunta Diego Catalán los resultados de su aplicación al romance de *La condesita*.

El capítulo quinto, «Análisis semiótico de estructuras abiertas: el modelo ‘Romancero’ (1977)», nos muestra cómo el romancero constituye un campo experimental de gran valor para los estudios de narratología. Propone Catalán un método analítico que describe la articulación del romancero en distintos «niveles» de organización (nivel del discurso, de la intriga, de la fábula y nivel actancial o funcional). Este análisis se completaría, como adelantaba en el capítulo tercero, con una lectura horizontal (sintagmática) y otra vertical (paradigmática), apoyadas en la actualización de las concepciones de los sistemas sociales, económicos e ideológicos del referente.

En el capítulo sexto, el autor considera necesario reformular la noción pidaliana de «tradicionalidad» atendiendo a las aportaciones de la crítica actual y revisar, de mano de los semiólogos, la variabilidad del discurso y la valoración de la noción de «apertura», porque es esa doble apertura (del significante y del significado) la que condiciona el modo de reproducirse el modelo.

En el siguiente capítulo aborda el autor «La descripción de modelos poéticos dinámicos en el *Catálogo General del Romancero Pan-Hispánico* (1981)». El esfuerzo del estudioso y de sus colaboradores para crear un modelo teórico que describa los poemas de la tradición oral hispánica ha dado como resultado los volúmenes del *Catálogo General del Romancero Pan-Hispánico (CGR)* construido sobre la teoría de la «apertura» en todos los niveles de organización del mensaje.

El capítulo octavo, «La experiencia del acto recolector y la comparación intertextual en los estudios del Romancero (1983)», muestra que, si bien el trabajo de campo no ayuda directamente a la comprensión de la noción de «apertura», el estudio comparativo de las versiones recogidas es el mejor indicador de esa noción. El comparatismo puede hacerse, como nos sugería en el tercer capítulo, de dos formas: confrontando versión a versión o confrontando datos procesados informáticamente. Ambos métodos ponen

de manifiesto la función del tiempo y del espacio en el proceso de variabilidad de los poemas tradicionales.

A continuación, «El Romancero medieval (1983)» analiza el papel de la mercantilización de la literatura y la función de poetas y músicos glosadores de romances en la transmisión escrita e impresa del romancero. A partir de que se produjera ese fenómeno, el romancero tuvo una doble vida: la impresa y la oral, como ejemplifica el poema medieval de *Espino*, que Diego Catalán estudia muy pormenorizadamente.

El capítulo décimo, «La descodificación de las fábulas romancísticas (1983)», retoma la noción de la «apertura» de significantes y significados de las fábulas (garantía, sobre todo en este último aspecto, de la actualización de los mensajes). Como ejemplo, el autor, estudia un romance de incesto entre hermanos, *Tamar y Amnón*, y otro político, *La muerte del duque de Gandía*. La subversión de valores que se puede encontrar en ellos apunta a dos procesos de transformación diacrónica apreciable en múltiples fábulas del romancero, y relacionados con la creciente atención hacia la caracterización psicológica de los personajes y con el creciente protagonismo de las figuras femeninas.

El capítulo siguiente, «El romancero espiritual en la tradición oral (1985)», ilustra con *contrafacta* a lo divino cómo un romance puede evolucionar y convertirse en no-romance. Si, por el lenguaje, el romancero sacro es una gama del romancero tradicional, fuera del plano del discurso se aparta de él en que no hay recreación ni narración y en que funciona como oración.

El capítulo duodécimo se titula «Romances trovadorescos incorporados al romancero tradicional moderno». Ya en 1970, Diego Catalán había reparado en la contribución de los poetas de finales del siglo XV (creadores del romance no trovadoresco) al enriquecimiento del acervo romancístico tradicional. En esta ocasión, el autor analiza varias fórmulas discursivas presentes en romances tradicionales (como «*No me entierren en sagrado*», «*Por la ribera del Turia (o Llanto del pastor enamorado)*», «*Gritando va el caballero*» y «*Amara yo una señora*») algunos de cuyos elementos poéticos se remontan al romancero trovadoresco.

En el capítulo final, «El romance de ciego y el subgénero ‘Romancero tradicional vulgar’», evoca a los ciegos vendedores de coplas y romances, transmisores primero de literatura oral y después de literatura escrita. Diego Catalán incide en que el romance de ciego, a pesar de ser poesía recitada, no

es poesía popular sino popularizada, que tiene un vocabulario florido, una sintaxis compleja, una visión narrativa de los sucesivos detalles argumentales y una apreciable carencia de variación creativa. Eso no impide, defiende el autor, que algunos romances de transmisión oral se basen en narraciones de ciego afectadas por la apertura textual característica del romancero. A partir de los ejemplos analizados se observa que el primer paso evolutivo en el tránsito de un no-romance a un romance es la eliminación de los encabalgamientos y de las cláusulas extensas. Es decir, que los narradores presentarían los sucesos de una forma más dramática para, finalmente, transformar el mensaje moral.

El segundo volumen de esta *Arte poética del romancero oral*, aparecido en 1998, consta de una nota introductoria, cuatro capítulos y dos apéndices, además de seis índices analíticos de los dos libros. Los cuatro capítulos fueron previamente presentados como otras tantas conferencias, aunque aparecen ahora muy ampliados y actualizados.

El primer capítulo, «Hallazgo de una poesía marginada: el tema del corazón de Durandarte», da cuenta del arraigo en la montaña asturiana del tema de Durandarte (sobre el cual se habían compuesto en los Siglos de Oro muchos romances, glosas y contrahechuras). Diego Catalán ahonda, por una parte, en el estudio diacrónico de la transmisión escrita hasta llegar a la transmisión oral y, por otra, aplica el método geográfico y comparatista que le permite encontrar rastros del romance en Andalucía. Este análisis muestra, una vez más (como en el capítulo doce de la primera parte), el proceso de tradicionalización y de integración de los romances literarios en el lenguaje del romancero tradicional. El capítulo termina atendiendo a otro ejemplo, el romance *El Prisionero*.

El capítulo siguiente, «Permanencia de motivos y apertura de significados: muerte del príncipe Don Juan», profundiza en la apertura de significados del romance *La muerte del príncipe Don Juan*. El cotejo entre las 360 versiones encontradas en las comunidades sefardíes y en la Península Ibérica hace considerar a Diego Catalán (frente a la opinión de P. Bénichou) que «la tradición oral del XX (...) asombra por su capacidad de seguir recordando, después de medio millar de años, todas las particularidades del drama de 1497».

El tercer capítulo, «El mito se hace historia. El romance y la herencia baladística», ejemplifica una de las cuestiones más interesantes y complejas en el estudio de las baladas: la acotación del corpus de comparación. El caso

de los romances *La bella en misa* (con un paralelo en China que dificulta enormemente la determinación de sus fuentes), o el de *El caballero burlado* y *La muerte ocultada* (ambos con un repertorio de paralelos difundidos por todo el occidente europeo) son muestras reveladoras de esta cuestión.

En el último capítulo, «Poética de una poesía colectiva», Diego Catalán examina «cómo se reproducen los poemas» y trata «de descubrir en qué consiste la interacción de la herencia poética y el ambiente» y de describir la «lengua» (...) del romancero». Según el autor, tradicionalmente siempre se ha reparado en el aspecto puramente verbal del romancero, pese a que, ni el vocabulario ni la sintaxis sean lo más definitorio y representativo de su poética. Lo más característico del romancero es el lenguaje poético manifestado en la «fórmula» (el tropo por excelencia del romancero), a través de la que «reconocemos el lenguaje formulístico como tal».

El primero de los apéndices, «Huellas de la historia: Don Álvaro de Luna y su paje Moralicos (1453) en el romancero sefardí», analiza el falso tópico sobre el absoluto predominio en el romancero, a partir de Pedro I, de la temática fronteriza. En realidad, el romance noticiero pervive hasta la actualidad, y una prueba más de ello es el romance sobre el «Duque de Bernax» o «Albernal condenado por el rey», cuyo protagonista se puede identificar con la figura histórica del Condestable de Castilla.

El segundo apéndice, «La tradición oral y la introducción del metro romance en el teatro. Don Francisco de la Cueva y Silva y los orígenes del teatro nacional», destaca la personalidad de don Francisco de la Cueva Silva: introductor del metro romance en la comedia, además de poeta, creador teatral y «jurisconsulto insigne, (...) injustamente excluido de las historias de la literatura española».

Con este apéndice se cierran dos importantes volúmenes de fijación, discusión y crítica del romancero. Sus análisis diacrónicos y sincrónicos, verticales y horizontales, de numerosos romances de tradición oral facilitan en gran medida su comprensión e incluso su accesibilidad a personas no muy familiarizadas con el género. Si tuviera que destacar algo, yo, a título personal, llamaría la atención sobre los capítulos dedicados a los *contrafacta*, a las contribuciones del romancero de ciego y del trovadoresco al tradicional, o los que aclaran la continuidad del romancero noticiero en el tradicional porque la combinación en ellos de estudio diacrónico y sincrónico está realizada de modo magistral.